

casi deforme, pero seguramente majestuoso y lleno de una especie de gravedad magnífica y salvaje, ha desaparecido para dejar reinar en paz la especie de chimenea gigantesca, adornada de su cañón que ha reemplazado á la sombría fortaleza de nueve torres, así como la clase media reemplaza al feudalismo. Es una cosa muy sencilla que una chimenea sea el símbolo de una época, cuyo poder está contenido en una marmita. Esta época pasará; va pasando ya; se principia á comprender que si puede haber fuerza en una caldera, no puede haber poder más que en un cerebro; en otros términos, que lo que mueve y arrastra el mundo no son las locomotoras, son las ideas. Uncid las locomotoras á las ideas: está bien; pero no toméis el caballo por el jinete.

En fin, el caso es, volviendo á la plaza de la Bastilla, que el arquitecto del elefante había hecho con yeso una cosa grande y el arquitecto del cañón de chimenea ha conseguido hacer con bronce una cosa pequeña.

Este cañón de chimenea, que ha sido bautizado con el nombre sonoro de Columna de Julio; este monumento, hijo de una revolución abortada, estaba aún rodeado en 1832 de una inmensa camisa de madera, que echámos de menos, y de una vasta empalizada de tablas que acababa de aislar al elefante.

Hacia este rincón de la plaza, apenas iluminado por el reflejo de un lejano farol, se dirigió el pilluelo con los dos «mamones».

Permitásenos detenernos aquí un momento y recordar que estamos en la realidad; que hace veinte años los tribunales correccionales juzgaron por delito de vagancia y de desperfectos en un monumento público, á un muchacho que había sido sorprendido durmiendo en el interior mismo del elefante de la Bastilla. Consignado este hecho, sigamos refiriendo.

Al llegar cerca del coloso, Gavroche comprendió el efecto que lo infinitamente grande podía producir en lo infinitamente pequeño, y dijo:

—¡Cominos! No tengáis miedo.

Después entró por un hueco de la empalizada en el recinto que ocupaba el elefante, y ayudó á los pequeños á pasar la brecha. Los dos niños, un poco asustados, seguían á Gavroche sin decir palabra, y se entregaban á aquella pequeña providencia harapososa que les había dado pan y les había prometido un abrigo.

Había en el suelo una escalera de mano, que servía de día á los trabajadores de una carpintería próxima. Gavroche la levantó con singular vigor y la aplicó contra una de las patas delanteras del elefante. Hacia el punto en que terminaba la escalera se distinguía un agujero negro en el vientre del coloso.

Gavroche enseñó la escalera y el agujero á sus huéspedes y les dijo:

—Subid y entrad.

Los dos niños se miraron aterrorizados.

—¡Tenéis miedo, mamones!—exclamó Gavroche. Y añadió:

—Vais á ver.

Se agarró al pie rugoso del elefante y en un abrir y cerrar de ojos, sin dignarse hacer uso de la escala, llegó á la grieta; entró por ella como una culebra que se desliza por una hendidura, desapareció y un momento después los dos niños vieron aparecer vagamente una forma blanquecina y pálida; era su cabeza que asomaba por el borde del agujero lleno de tinieblas.

—¡Eh!—gritó,—subid ahora, cominejos. ¡Ya veréis qué bien se está aquí!

—Sube,—añadió dirigiéndose al mayor;—te daré la mano.

Los niños se encogieron de hombros; el pilluelo les inspiraba miedo y confianza á un tiempo, y además llovía muy fuerte. El mayor se arriesgó, y el menor, viendo subir á su hermano y que se quedaba solo entre las patas de aquel enorme animal, estuvo á punto de llorar; pero no se atrevió.

El mayor subía temblando por los peldaños de la escalera; Gavroche mientras tanto le animaba con las exclamaciones de un maestro de armas á sus discípulos ó de un carretero á las mulas.

—¡No tengas miedo!

—¡Eso es!

—¡Adelante!

—¡Pon ahí el pie!

—¡Aquí la mano!

—¡Valiente!

Y cuando estuvo á su alcance le cogió repentina y vigorosamente por el brazo y le atrajo hacia sí.

—¡Ya te has colado!—le dijo.

El niño había pasado el agujero.

—Ahora,—dijo Gavroche,—espérame. Caballero, tened la bondad de sentaros.

Y saliendo del agujero como había entrado, se deslizó con la agilidad de un whistiti por la pata del elefante y cayó de pie sobre la hierba, cogió al pequeño de cinco años por medio del cuerpo y le plantó en medio de la escalera. Después empezó á subir detrás de él, gritando al mayor:

—Yo le empujo; cógele tú.

En un instante el niño fué subido, empujado, arrastrado, metido por el agujero sin que tuviese tiempo de ver nada. Gavroche, que entró detrás de él, dió una patada á la escalera, que cayó sobre la hierba, dió una palmada y gritó:

—Ya estamos aquí. ¡Viva el general Lafayette!

Pasada esta explosión, exclamó:

—¡Párvulos! Estáis en mi casa.

Gavroche estaba, en efecto, en su casa.

¡Oh utilidad increíble de lo inútil! ¡Caridad de todo lo grande! ¡Bondad de los gigantes! Aquel monumento desmesurado, que había contenido un pensamiento del emperador, se había convertido en la jaula de un pilluelo. El niño había sido adoptado y abrigado por el coloso.

Los ciudadanos que pasaban los domingos por delante del elefante de la Bastilla decían, midiéndole con la vista al nivel de su cabeza y con desprecio:—¿De qué sirve eso?—Pues servía para salvar del frío, de la escarcha, del granizo, de la lluvia, para librar del aire del invierno, para preservar del sueño sobre el lodo que produce la fiebre y del sueño en la nieve que produce la muerte, á un pequeño ser sin padre ni madre, sin pan, sin ropa, sin asilo. Servía para refugiar al inocente, rechazado por la sociedad. Servía para disminuir una falta pública. Era una cueva abierta, para el que encontraba cerradas todas las puertas. Parecía que el viejo mastodonte, miserable invadido por la carcoma y por el olvido, cubierto de verrugas, de putrefacción y de úlceras, ruinoso, carcomido, abandonado, condenado; especie de mendigo colosal, que pedía en vano la limosna de una mirada compasiva en medio de aquella explanada, había tenido piedad de aquel otro mendigo, del pobre pigmeo que andaba sin zapatos en los piés, sin techo sobre la cabeza, soplándose los dedos, vestido de harapos, alimentándose de desperdicios. Véase de qué servía el elefante de la Bastilla. Aquella idea de Napoleón, despreciada por los hombres, había sido acogida por Dios. Lo que sólo hubiera sido ilustre, se había hecho augusto. El emperador habría necesitado, para realizar lo que meditaba, el pórfido, el bronce, el hierro, el oro, el mármol: á Dios le bas-

taba aquel viejo amontonamiento de tablas, vigas y yeso. El emperador había tenido un pensamiento digno del genio; en aquel elefante titánico, armado, prodigioso, que elevaba su trompa, llevaba su torre y hacía salir de todas partes en su derredor surtidos alegres y vivificantes, quería formar la encarnación del pueblo; Dios había hecho una cosa más grande: alojaba allí á un niño.

El agujero por donde Gavroche había entrado era una brecha apenas visible por fuera, porque estaba oculta, como hemos dicho, bajo el vientre del elefante; y era tan estrecha, que sólo los gatos ó aquellos niños podrían pasar por ella.

—Principiemos,—dijo Gavroche,—por decir al portero que no estamos en casa.

Y penetrando en la obscuridad, con la seguridad del que conoce su casa, tomó una tabla y tapó el agujero.

Gavroche volvió á la obscuridad. Los niños oyeron el chirrido de la cerilla sumergida en la botella fosfórica. La cerilla química no se conocía aún; la piedra Fumade representaba en aquella época el progreso.

Una claridad súbita les hizo cerrar los ojos; Gavroche acababa de encender una de esas sogas impregnadas de resina que se llaman hachas de viento. El hacha, que despedía más humo que luz, hacía confusamente visible lo interior del elefante.

Los dos huéspedes de Gavroche miraron en derredor y experimentaron algo semejante á lo que experimentaría el que se viese encerrado en el gran tonel de Heidelberg, ó más bien lo que debió experimentar Jonás en el vientre bíblico de la ballena. Un esqueleto gigantesco se les presentaba cercándoles. En lo alto, una gruesa viga oscura, de la cual partían de distancia en distancia macizas viguetas

cintradas, figuraba la columna vertebral con las costillas; estalactitas de yeso colgaban como vísceras, y de un lado á otro vastas telas de araña hacían el efecto de polvorosos diafragmas. Veíanse aquí y allí, en los rincones, grandes manchas negruzcas que parecían dotadas de vida y que se movían rápidamente con movimiento brusco y asustadizo.

Los pedazos caídos del dorso del elefante sobre el vientre habían llenado la concavidad, de modo que se podía andar por ellos como por un entablado.

El menor de los niños se arrimó á su hermano y dijo á media voz:

—¡Qué obscuro!

Esta exclamación llamó la atención de Gavroche. El aspecto petrificado de los dos pequeñuelos hacía necesaria una explosión.

—¿Qué decís?—exclamó.—¿Nos quejamos? ¿Nos hacemos los descontentos? ¿Necesitáis acaso las Tullerías? ¿Seréis unos asnos? Decídmelo. Os prevengo que no soy del batallón de los tontos. ¡Qué! ¿Sois por ventura los cominos de la despensa del papa?

Para el miedo es muy buena alguna aspereza porque da confianza. Los dos niños se aproximaron á Gavroche.

Gavroche, paternalmente enternecido de esta confianza, pasó de «lo grave á lo dulce,» y dirigiéndose al más pequeño:

—Bestia,—le dijo acentuando la injuria con una sonrisa cariñosa;—lo obscuro está en la calle. En la calle llueve, aquí no llueve; en la calle hace frío, aquí no hay un soplo de viento; en la calle hay gente, aquí no hay un alma; en la calle no hay ni luna, aquí hay una luz.

Los dos niños empezaron á mirar aquella habitación con menos espanto; pero Gavroche no les dejó tiempo para contemplarla.

—Listos,—dijo.

Y los empujó hacia lo que podemos llamar el fondo del cuarto.

Allí estaba su cama.

La cama de Gavroche estaba completa. Es decir, tenía un colchón, una manta y una alcoba con cortinas.

El colchón era una estera de paja; la manta un pedazo de lana gris caliente y casi nueva. Ahora, veamos lo que era la alcoba.

Tres rodrigones bastante largos, metidos sólidamente entre el cascote del suelo, es decir, del vientre del elefante, dos delante y uno detrás, estaban reunidos por una cuerda en su vértice, de modo que formaban una pirámide. Esta pirámide sostenía un enrejado de hilo metálico que estaba colocado detrás, y artísticamente aplicado y sostenido por ataduras de alambre, de modo que rodeaba enteramente los tres rodrigones. Un cordón de gruesas piedras, colocadas al rededor de este enrejado, le sujetaba de modo que nada podía pasar por entre él y el suelo. El enrejado no era más que un pedazo de esos enrejados de cobre con que se cubren las pajareras en los corrales. La cama de Gavroche estaba colocada bajo el enrejado como en una caja. El conjunto parecía la tienda de un esquimal.

El enrejado hacía oficio de cortinas.

Gavroche separó un poco las piedras que sujetaban el enrejado por delante y se separaron los dos paños que caían uno sobre otro.

—Chiquillos, á cuatro piés,—dijo.

É hizo entrar con precaución á sus huéspedes en la alcoba, entró después que ellos, arrastrándose, volvió á colocar las piedras y cerró herméticamente la abertura.

Los tres se echaron sobre la estera.

Aunque eran muy pequeños, ninguno podía estar de pie en la alcoba. Gavroche seguía con la luz en la mano.

—Ahora,—dijo,—¡sornad! Voy á suprimir el candelabro.

—Señor,—preguntó el mayor de los dos hermanos á Gavroche enseñándole el enrejado.—¿Qué es esto?

—¿Esto?—dijo Gavroche gravemente,—es para las ratas. ¡Sornad!

Pero se creyó obligado á añadir alguna palabra para instruir á aquellos niños, y continuó:

—Esas son cosas del Jardín Botánico. Eso sirve para los animales feroces. Allay (allí hay) un almacén lleno. Nay (no hay) más que subir una pared, saltar por una ventana y pasar por una puerta y se tiene todo lo que se quiere.

Y mientras hablaba arropaba con una punta de la manta al más pequeño, que murmuraba:

—¡Oh, qué bueno es esto! ¡Qué caliente!

Gavroche dirigió una mirada de satisfacción á la manta.

—También es del Jardín Botánico,—dijo.—Se la he cogido á los monos.

Y enseñando al mayor la estera en que estaba acostado, estera muy espesa y admirablemente trabajada, añadió:

—Esto era de la girafa.

Después de una pausa, prosiguió:

—Los animales tenían todo esto y yo se lo he cogido. Por eso no se han enfadado. Les he dicho: es para el elefante.

Tuvo un momento de silencio y volvió á decir:

—Se salta la tapia y se burla uno del gobierno. Eso es.

Los dos niños contemplaban con cierto respeto

temeroso y estupefacto á aquel ser intrépido é ingenioso, vagabundo como ellos, aislado como ellos, miserable como ellos, que tenía algo admirable y poderoso, que les parecía sobrenatural y cuya fisonomía se componía de todos los gestos de un viejo saltimbanqui, mezclados con la más sencilla y la más encantadora sonrisa.

—Señor,—le dijo tímidamente el mayor,—¿no tenéis miedo á los agentes de policía?

Gavroche se limitó á contestar:

—¡Parvulillos! No se dice los agentes de policía, sino los ganchos.

El menor tenía los ojos abiertos, pero no decía nada. Como estaba á la orilla de la estera y el mayor en medio, Gavroche le arropó con la manta, como lo hubiera hecho una madre, y levantó la estera bajo su cabeza con unos harapos, con objeto de hacerle una almohada. Después se volvió hacia el mayor.

—¡Eh! ¡Se está muy bien aquí!

—¡Ah! sí,—respondió el mayor mirando á Gavroche con la expresión de un ángel salvado.

Los dos pobres niños, que estaban muy mojados, empezaban á calentarse.

—¡Ah!—continuó Gavroche.—¿Por qué llorábais?

Y señalando al pequeño, añadió dirigiéndose al mayor:

—Un pipiolo como ese no digo que no; pero llorar un grande como tú, es una cosa muy fea; pareces un becerro.

—Caramba,—dijo el niño,—no tenía absolutamente casa á donde ir.

—¡Comino!—respondió Gavroche.—No se dice casa, sino chiscón.

—Y, además, teníamos miedo de estar solos así por la noche.

—No se dice la noche, sino la obscura.

—Gracias, señor,—dijo el niño.

—Escucha,—añadió Gavroche.—No debéis incomodaros por nada. Yo tendré cuidado de vosotros. Ya veréis cómo os divertís. Por el verano iremos á los pozos de la nieve con Navet, un camarada mío, nos bañaremos en el estanque, correremos desnudos sobre los trenes delante del puente de Austerlitz. Esto hace rabiarse á las lavanderas, que gritan y voccean. ¡Si supiéseis qué malas son! Iremos á ver al hombre esqueleto, que todavía vive, á los Campos Eliseos; es muy blanco ese parroquiano. Después os llevaré al teatro á ver á Federico Lemaitre. Tengo billetes; conozco á los actores y aún he representado una vez en una pieza. Eramos todos pipiolos como ese y corríamos bajo una tela que era el mar. Os contrataré en mi teatro. Iremos á ver á los salvajes; no es verdad que sean salvajes. Tienen unos mantos de color de rosa que forman pliegues y se les ven los codos zurcidos con hilo blanco. Después iremos á la ópera; entraremos con los romanos. La romanería en la ópera está muy bien dispuesta, pero no iría con ellos por el boulevard. Figúrate que en la ópera hay quien paga veinte sueldos, pero esos son tontos y se llaman paganos. Además, iremos á ver guillotinar; os enseñaré el verdugo. Vive en la calle del Marais: el señor Sansón. Tiene una estafeta para las cartas á la puerta. ¡Ah! Se divierte uno en grande.

En aquel momento cayó una gota de resina en el dedo de Gavroche y le recordó las realidades de la vida.

—¡Caramba!—dijo;—se está gastando la mecha. ¡Atención! No puedo gastar más de un sueldo al mes en luz. Cuando uno se acuesta, es para dormir. No tenemos tiempo para leer las novelas del señor Paul de Kock. Además de que la luz podría pasar por las

rendijas de la puerta-cochera y los ganchos no tendrían que hacer más que mirar.

—Y, además,—observó timidamente el mayor, que era el único que se atrevía á hablar con Gavroche y á contestarle,—podría caer una chispa en la paja y hay que cuidar de no prender fuego á la casa.

—No se dice prender fuego á la casa,—dijo Gavroche;—se dice achicharrar los trapos ó dar candela.

La lluvia redoblaba; oíase al través del redoble del trueno el turbión que azotaba el lomo del coloso.

—Aquí metido que llueva,—dijo Gavroche —Me divierte ver correr el agua por las patas de la casa. El invierno es un animal: pierde sus mercancías; pierde su trabajo porque no puede mojarnos y esto hace gruñir á ese viejo aguador.

Esta alusión al trueno, cuyas consecuencias aceptaba Gavroche en su calidad de filósofo del siglo xix, fué seguida de un gran relámpago, tan deslumbrador, que entró por las hendiduras del vientre del elefante. Casi al mismo tiempo resonó terriblemente el trueno. Los dos niños dieron un grito, y se levantaron con tal rapidez, que casi separaron el enrejado; pero Gavroche volvió hacia ellos su atrevido rostro y se aprovechó del trueno para dar una carcajada.

—Calma, niños. No conmovamos el edificio. Ese es un hermoso trueno; sea enhorabuena. Un relámpago no es un coco. ¡Bravo por el trueno! Esto está casi tan bueno como el Ambigú.

Dicho esto, arregló el enrejado, empujó suavemente á los dos niños hacia la cabecera de la cama, apretó sus rodillas para que se estiraran bien y exclamó:

—Pues que Dios enciende su luz, yo puedo apagar la mía. Niños, es preciso dormir: jóvenes humanos, es muy malo no dormir; porque esto hace que

se abra la boca. ¡Envolveos bien en la manta! Voy á apagar. ¿Estáis ya?

—Sí,—murmuró el mayor,—estoy bien. Tengo la cabeza como sobre pluma.

—No se dice la cabeza; se dice la chichí,—dijo Gavroche.

Los dos niños se apretaron uno contra otro. Gavroche acabó de arreglarles sobre la estera, les subió la manta hasta las orejas y después les repitió por tercera vez la exclamación en lengua hierática:

—¡Sornad!

Y apagó la luz.

Apenas se quedó á oscuras, un temblor singular empezó á conmover el enrejado que cubría á los tres niños. Era una multitud de rozamientos sordos que producían un sonido metálico, como si garras ó dientes arañasen los hilos de cobre. Este ruido iba acompañado de pequeños, pero agudos gritos.

El niño de cinco años, oyendo este ruido por cima de su cabeza, helado de espanto empujó con el codo á su hermano; pero éste dormía ya, como le había mandado Gavroche.

Entonces el niño, no pudiendo con el miedo, se atrevió á interpelar á Gavroche, pero en voz muy baja y deteniendo el aliento:

—¡Señor!

—¡Eh!—dijo Gavroche, que acababa de cerrar los párpados.

—¿Qué es eso?

—Las ratas,—respondió Gavroche.

Y volvió á echar la cabeza en la estera.

Las ratas, en efecto, que pululaban á millares en el esqueleto del elefante y que eran aquellas manchas negras vivas de que hemos hablado, se habían estado quietas ante la luz mientras había estado encendida; pero desde el momento en que aquella ca-

verna, que era como su ciudad, había vuelto á la noche, oliendo lo que el narrador Perrault llama «carne fresca», se habían arrojado sobre la tienda de Gavroche, habían subido hasta el vértice y mordían las mallas como si tratasen de agujerear aquella armadura de nuevo género.

El niño no podía dormir.

—¡Señor!—volvió á decir.

—¡Eh!—dijo Gavroche.

—¿Qué son las ratas?

—Son ratones.

Esta explicación tranquilizó un poco al niño. Había visto algunas veces ratones blancos y no les tenía miedo. Sin embargo, volvió á decir:

—¡Señor!

—¡Qué!—respondió Gavroche.

—¿Por qué no tenéis gato?

—He tenido uno,—respondió Gavroche;—he traído uno, pero me le han comido.

Esta segunda explicación deshizo el efecto de la primera, y el niño volvió á temblar, de modo que por cuarta vez empezó el diálogo entre él y Gavroche.

—¡Señor!

—¡Qué!

—¿Quién fué el comido?

—El gato.

—¿Y quién comió al gato?

—Las ratas.

—¿Los ratones?

—Sí, las ratas.

El niño, consternado al tener noticia de estos ratones que se comían á los gatos, prosiguió:

—¡Señor! ¿Nos comerán á nosotros esos ratones?

—¡Vaya!—dijo Gavroche.

El terror del niño llegaba á su colmo.

Pero Gavroche añadió:

—¡No tengas miedo! No pueden entrar. Además, estoy yo aquí. Toma, coge mi mano. Cállate y duerme.

Gavroche al mismo tiempo cogió la mano del pequeño por cima de su hermano. El niño apretó esta mano y se tranquilizó.

El valor y la fuerza tienen comunicaciones misteriosas.

Volvió el silencio; el ruido de las voces había ahuyentado y asustado á las ratas; y aunque poco después volvieron á roer el enrejado, los tres niños, sumergidos en el sueño, no oyeron nada.

Pasáronse las horas de la noche. La sombra cubría la inmensa plaza de la Bastilla; un viento de invierno, mezclado con la lluvia, soplaba con fuertes ráfagas; las patrullas registraban las puertas, las calles de árboles, los cercados, los rincones oscuros, y buscaban á los vagabundos nocturnos y pasaban por delante del elefante; el monstruo, de pie, inmóvil, con los ojos abiertos en las tinieblas para meditar, como satisfecho de su buena acción, protegía contra el cielo y los hombres á los tres pobres niños dormidos.

Para comprender lo que sigue es preciso recordar que en aquella época el cuerpo de guardia de la Bastilla estaba situado al otro extremo de la plaza, y que lo que pasaba cerca del elefante no podía ser visto ni oído por el centinela.

Hacia el fin de la hora que precede inmediatamente al alba, salió un hombre corriendo de la calle de San Antonio, atravesó la plaza, dió la vuelta á la cerca de la columna de Julio y se deslizó por la empalizada hasta colocarse bajo el vientre del elefante.

Si una luz cualquiera hubiera iluminado á aquel

hombre, se habría adivinado que había pasado la noche bajo la lluvia al ver lo calado que estaba.

Cuando llegó bajo el elefante, dió un grito extraño que no pertenece á ninguna lengua humana, y que únicamente podría reproducir un papagayo. Repitió dos veces este grito, que sólo podemos representar gráficamente así:

—¡Quiquiriquiu!

Al segundo grito, una voz clara, alegre y joven respondió desde el vientre del elefante:

—¡Sí!

Casi inmediatamente la tabla que cerraba el agujero se separó y dió paso á un niño que bajó por la pata del elefante y fué á caer cerca del hombre.

Era Gavroche.

El hombre era Montparnase.

En cuanto á este *quiquiriquiu*, era, sin duda, lo que el niño había querido decir con *Preguntarás por el señor Gavroche*.

Al oírle se había despertado sobresaltado; se había arrastrado fuera de su «alcoba», separado un poco el enrejado, que había vuelto á cerrar cuidadosamente; después había abierto la trampa y descendido.

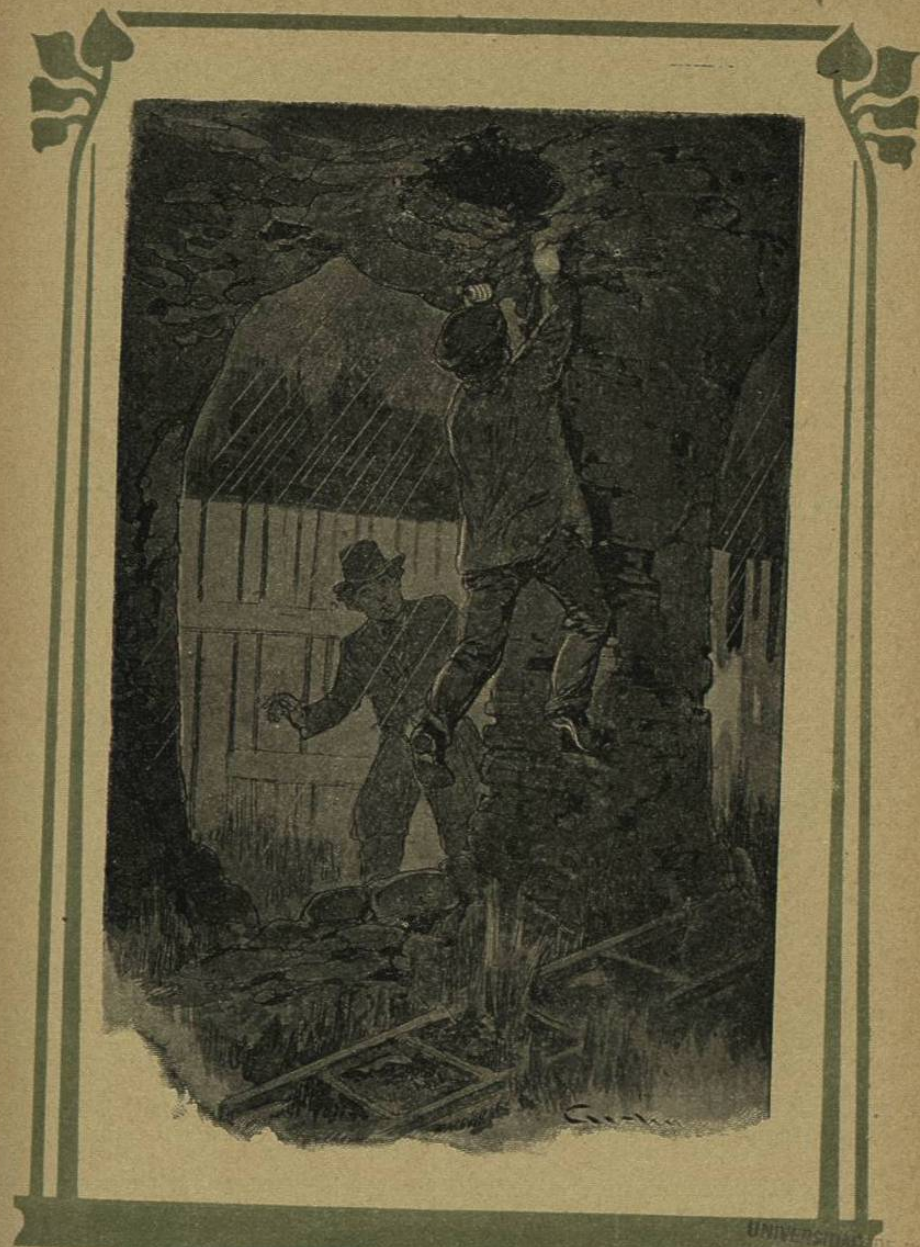
El hombre y el niño se reconocieron silenciosamente en la obscuridad. Montparnase se limitó a decir:

—Te necesitamos. Ven á dar un golpe de mano.

El pilluelo no se informó más.

—Aquí me tienes,—dijo.

Y ambos se dirigieron hacia la calle de San Antonio, de donde había salido Montparnase, serpenteando rápidamente al través de la larga fila de carretas de los hortelanos que bajan al mercado á esta hora.



..... había abierto la trampa y descendido

Los hortelanos, acurrucados en sus carros entre las verduras y las legumbres, medio dormidos, envueltos hasta los ojos en sus mantas á causa de la lluvia que les azotaba ni aún vieron á estos extraños transeuntes.